

opusdei.org

27 de septiembre: palabras de Mons. Javier Echevarría tras la beatificación

Palabras de Mons. Javier Echevarría tras la beatificación de Álvaro del Portillo

27/09/2014

Al finalizar esta solemne celebración, deseo manifestar mi más hondo agradecimiento a la Santísima Trinidad por el don que hoy ha hecho a toda la Iglesia. La elevación a los altares de don Álvaro del

Portillo, sucesor de san Josemaría Escrivá de Balaguer, nos recuerda de nuevo la llamada universal a la santidad, proclamada con gran fuerza por el Concilio Vaticano II. La trayectoria terrena del beato Álvaro nos muestra que el cumplimiento cabal de los propios deberes marca el camino de la santificación personal, la senda que conduce a la plena unión con Dios, a la que todos debemos aspirar.

Doy gracias también a la Santísima Virgen, de cuya mediación materna nos llegan todos los dones del Cielo. Ruego a la Madre de Dios y Madre nuestra que siga intercediendo por todos, por cada una y por cada uno, para que recorramos hasta el final nuestra senda de santificación. Le suplicamos de modo particular por las hermanas y los hermanos nuestros que, en diversas partes del mundo, sufren persecución e incluso martirio a causa de la fe.

Mi gratitud se dirige también al Santo Padre Francisco por su paternal mensaje, por su cercanía y por sus claros consejos para la lucha espiritual de los cristianos. Con honda gratitud me dirijo al Cardenal Angelo Amato, Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, que, en nombre del Papa, con tanta dignidad y afecto ha procedido a la beatificación. Pido a todos que este agradecimiento se manifieste en una oración diaria, constante, esforzada, por la Persona y las intenciones del Romano Pontífice, por los Obispos y sacerdotes. Tengamos muy presente la inminente Asamblea del Sínodo de los Obispos. Supliquemos al Espíritu Santo que ilumine a los Padres sinodales en sus reflexiones, para el bien de la Iglesia y de las almas.

Me considero deudor de especial agradecimiento a Benedicto XVI, que abrió el camino de esta beatificación

con el reconocimiento de las virtudes heroicas de don Álvaro; también al Cardenal Antonio María Rouco, Arzobispo de Madrid, que con tanto interés ha seguido el iter de la Causa a lo largo de estos años. Agradezco, en fin la presencia de tantos Cardenales, Obispos y sacerdotes. Para todos, la beatificación de don Álvaro del Portillo tiene un significado especial por la fidelidad con que vivió su servicio directo de la Iglesia, a lo largo de muchos años. No olvido, además, que es uno de los colaboradores del Papa en la Curia Romana que, habiendo participado activamente en el Concilio Vaticano II, ha sido declarado Beato.

Imagino la alegría —parte de la gloria accidental— que tendrán en el Cielo los santos Pontífices Juan XXIII y Juan Pablo II, y el próximo beato Pablo VI, a quienes don Álvaro sirvió con fidelidad plena y trató con afecto filial. Y me agrada muy de veras

pensar especialmente en el gozo de san Josemaría Escrivá de Balaguer, al ver que este hijo suyo fidelísimo ha sido propuesto como intercesor y ejemplo a todos los fieles.

Doy las más expresivas gracias a los componentes del coro y de la orquesta, que nos han ayudado a vivir más a fondo la sagrada liturgia, y a todos los presentes: con vuestras respuestas y vuestros cantos habéis entonado una magnífica sinfonía dirigida al Cielo.

Nunca acabaría de manifestar mi gratitud a quienes ha dedicado horas y horas de trabajo alegre para preparar la celebración. Un agradecimiento particular para los profesionales de los medios de comunicación, que han hecho posible que tantas personas en todo el mundo hayan podido participar desde sus países en esta ceremonia.

Gracias también muy especialmente a los que han preparado —con su oración y su sacrificio— los abundantes frutos espirituales de estos días. Concretamente a los enfermos y a quienes, por diversos motivos, no han podido acompañarnos físicamente. Sin embargo, espiritualmente, han estado muy unidos a nosotros, con el ofrecimiento de sus enfermedades o de sus ocupaciones. A todos, ¡muchas gracias! Y que el ejemplo y la intercesión del nuevo beato nos impulsen a recorrer sin tregua, llenos de la alegría cristiana, la senda de la santidad.
